

que ejercieron un influjo notable sobre la mente de Pablo VI y su actitud hacia las religiones.

Pablo VI ha aportado muchos elementos para construir una Teología de las religiones. No ha ido más allá del Concilio Vaticano II, pero ha establecido los principios más importantes para desarrollarlo. No se le ocultaba a la vez que haría falta tiempo para discernir y aplicar todas las consecuencias de los puntos centrales de la doctrina evangélica, y que la Iglesia no puede fijar metas tan claras en estas cuestiones como lo ha hecho con el ecumenismo.

José Morales

**Rino FISICHELLA**, *Gesù di Nazaret profetia del Padre*, Paoline, Milano 2000, 274 pp., 14,5 x 21,4, ISBN 88-315-2065-2.

No nos encontramos ante un simple estudio acerca del significado del profeta y de la profecía. Como el autor señala en la introducción (p. 8), se trata de un ambicioso proyecto que, por diversas vicisitudes personales, no ha podido llevar a término como era su deseo. Por tanto podemos decir que se trata de la incoación de un plan de trabajo que, como se señala al término de la obra, queda abierto para una ulterior profundización.

Centrando el argumento podemos afirmar que es ciertamente el de la profecía, pero en cuanto reconocida como fidelidad de Dios a la promesa hecha y su cumplimiento (p. 7). Pero el análisis no se detiene ahí, el objetivo es presentar la profecía desde la participación del cristiano en el *munus* profético, la individuación del papel profético hoy, al que, según el autor, se le ha prestado escasa atención, a diferencia del *munus*

real y sacerdotal. Partiendo de la verdad de que el Espíritu Santo habla a su Iglesia, el peligro consiste en no saber reconocer la profecía en nuestra época, la incapacidad de reconocer a los profetas y, por tanto, la no disponibilidad a obedecer a su palabra. Nos pueden servir las mismas palabras del autor que en la conclusión final parecen condensar el espíritu que encierra esta obra. *Es triste deber constatar el miedo a los profetas. El mundo prefiere no verlos; la Iglesia, en cambio, los reclama, pero frecuentemente los reconoce sólo después de la muerte... Los profetas y el carisma profético no pueden ser relegados precipitadamente al único momento de la comunidad primitiva. Los profetas pertenecen de modo constitutivo a la Iglesia y para ella poseen un significado permanente insustituible* (pp. 267-268).

El estudio del concepto de profeta y profecía, que alcanza su plenitud en Cristo, debe continuar en el cristiano que recibe la misión. Por tanto se debe releer la profecía a partir de Jesucristo (p. 85) hacia quien se dirigía la figura del profeta y de la profecía en el AT. Dios habla al hombre y la última palabra es Cristo. Ahora el cristiano, testigo de la resurrección, acoge la profecía.

Después de señalar la centralidad de Cristo el autor se pregunta por el fenómeno profético después de Cristo, ¿quienes son los profetas del NT y qué papel desempeñan dentro de la comunidad? La presencia del Espíritu Santo en la comunidad primitiva hace que los profetas repongán la palabra del Maestro para sostener y animar en las decisiones que se deben tomar en cada situación concreta. Admitiendo una continuidad en el profetismo, el autor cree ver en los textos de los Hechos un fenómeno nuevo con características peculiares (p. 157). Posteriormente anali-

za la temática en las cartas de San Pablo, donde la profecía aparece como un don del Espíritu, no es dada por la Iglesia sino recibida por esta. Además es un signo destinado a todos los hombres, creyentes o no. Se trata de un don que estará siempre presente en la comunidad hasta el retorno glorioso del Señor, cuando se dará el conocimiento perfecto del misterio.

Claramente es evidenciado que la profecía se da siempre dentro del contexto de la revelación, por tanto debe ser comprendida no como un añadido a la misma, sino como un manifestar el sentido del misterio que se encierra dentro de la revelación, y por ello sujeta al primado de la acción de Dios (p. 200). Se trata de un don posible en todo creyente, pero el ministerio profético se da en algunos hombres que poseen autoridad en la comunidad por el ministerio que ocupan, reconocido por la misma comunidad. En el primer caso estamos ante el carisma.

Es interesante la apreciación de cómo la tradición se inserta en el contexto profético: *Precisamente porque es hombre de la tradición, el profeta se presenta con una fuerza innovadora difícilmente imaginable; el presente y el futuro, de hecho, insertados en el tiempo de la plenitud de Cristo resucitado adquieren su justo horizonte y vienen finalizados más allá de lo contingente y el férreo transcurrir del tiempo* (p. 205). Por tanto la discontinuidad, que no ruptura con el AT, se encuentra en que el profeta neotestamentario transmite las palabras y los gestos de Jesús, explicita sus palabras y sus gestos.

En la historia de la Iglesia la profecía no ha venido a menos «*La profecía, a veces, estará ligada a la imagen simbólica para entrar en una hermenéutica más espiritual de la Escritura*», haciendo

nuestro autor referencia a autores espirituales, santos y místicos, algunos de los cuales analiza en el último capítulo del libro. Pero sí quiere dejar claro que el profeta es tal porque ha recibido una misión de Dios en la Iglesia. La profecía no ha dejado de darse en la historia de la Iglesia, eso sí, ha asumido modalidades diversas pero conservando la identidad peculiar que tiene su fundamento en el NT.

Podríamos resumir la opinión del autor en que frecuentemente se ha hecho la lectura del AT simplemente como profecía del NT, lo que quitaba autonomía al AT. Una vez puesto en el centro la persona de Jesús de Nazaret como profecía del Padre, trata de hacer emerger la especificidad del profetismo neotestamentario y que sea así más inmediata su plausibilidad de cara a la credibilidad, conjugándose de este modo mejor el profetismo con la revelación, como su específica forma de conocimiento y transmisión, y no tanto cerrándose en su significación reduccionista de acción de desvelar hechos futuros. La profecía se considera entonces no como un elemento externo o añadido a la revelación sino como su expresión peculiar. Antes de ser signo de la revelación ha sido forma de la revelación. «*El profetismo del Antiguo Testamento es, ciertamente, momento incancelable de revelación dentro de la historia de la salvación; los profetas neotestamentarios, a su vez, por la relación peculiar con el Espíritu de Cristo, han sido vehículo de revelación, mientras los profetas sucesivos han sido instrumento de transmisión. En cada una de estas etapas, la profecía se manifiesta como forma cognoscitiva capaz de expresar del mejor modo la dialéctica de la revelación*» (p. 260).

El autor concluye trazando algunas ideas que considera que deberán ser tra-

tadas en un futuro para el completo desarrollo del tema. Entre ellas nos parece interesante la consideración de que, para la teología fundamental, la profecía es la capacidad de conservar el pasado en el presente de la comunidad como transmisión de memoria que da sentido al presente y, al mismo tiempo, anticipa y pone las bases para un futuro significativo (p. 261). En este sentido Jesús es la profecía del Padre en cuanto permanente testimonio de Dios dejado en la historia, es un signo histórico, permanente que encierra el cumplimiento y lo definitivo, un signo que permite dar orientación a la imprevisibilidad del devenir histórico. Por tanto asumiendo la profecía, la teología de la historia estará en condiciones de fundar el principio orientativo que la historia necesita para ser tal. Por eso el presente histórico se vive y contempla en continuidad con la tradición precedente y la conciencia de un cumplimiento futuro, una historia llena de significado. El resultado, en el ámbito personal, será el de la responsabilidad para buscar constantemente el sentido de lo que ha sido revelado, en vistas a la plenitud de sentido que todo hombre busca. A nivel teológico interpela a la teología a estar atenta a la lectura de los signos de los tiempos, para actualizar el mensaje de salvación a las exigencias contemporáneas: los valores universales deben ser comunicados de tal forma que puedan dar una respuesta llena de sentido al porqué del creer y al significado del vivir del creyente. Y todo esto manifestando cómo la profecía no es otra cosa que la manifestación del amor misericordioso de Dios, palabra que conforta, da confianza y esperanza, que se condensa en la revelación de Jesucristo. *La profecía, en resumen, habilita al creyente a hablar de la revelación como un mensaje que encierra en sí una esperanza indestructible, confiada a la*

*Iglesia para que la comunique al mundo y la haga visible. Una Iglesia fuerte en la profecía estará siempre en condiciones de descubrir las vías insondables que el Espíritu le abre, para que su misión evangelizadora pueda encontrar a todos* (p. 266).

Podemos concluir que, con acertado análisis, el autor llama la atención sobre la conveniencia de profundizar en el concepto de profecía y, al mismo tiempo, subraya fuertemente la necesidad de la presencia del *profeta* para que cada uno pueda tomar seriamente en consideración la propia existencia dentro del horizonte de la vida de Jesucristo. Los cristianos somos hijos de una profecía actuada a la luz del Gólgota.

Pablo Casas

**Gisbert GRESHAKE**, *El Dios Uno y Trino. Una teología de la Trinidad*, Herder, Barcelona 2001, 710 pp., 16,5 x 25, ISBN 84-254-2144-6.

Edición española del conocido tratado de G. Greshake *Der dreieine Gott. Eine trinitarische Theologie*, hecha sobre la tercera edición alemana (Friburgo 1997). En ScrTh 33 (2001) 554-555 publicamos ya una reseña de la traducción italiana. Lo que allí se dice sobre la propuesta de la teología trinitaria de G. Greshake, sobre su interés y sobre sus dificultades, puede aplicarse a esta nueva edición.

En el prólogo a la edición española leemos: «En el propósito de esta obra me guiaron las siguientes palabras de M. Lochmann: ocuparse de la Trinidad “sólo aparece como algo creíble y, por ello, prometedor, cuando se logra demostrar la relación de la doctrina de la Trinidad con la vida práctica. Justamente el dogma de la Trinidad se encuentra bajo la sospecha de ser una teo-